

Jiminy Davis echaba de menos dormir. También leer por placer, tener amigos y estar segura de que la vida tenía algún sentido, pero, sobre todo, dormir. Se trataba de una actividad que siempre se le había dado muy bien, y le parecía que el hecho de que no valorasen esa capacidad en el ámbito jurídico de las grandes empresas, del que ahora formaba parte, era una gran pena. Sin embargo, se estaba acostumbrando a las pequeñas injusticias y dolor que le producían las ideas que atravesaban, como una jabalina, su cerebro crónicamente agotado: le daba la impresión de que esas dos cosas formaban parte del mundo en el que se movía, y ambas le producían unos dolores de cabeza tremendos.

Sabía que, siendo una prometedora estudiante de Derecho de segundo año, tenía suerte de haber conseguido un trabajo durante el verano como ayudante en un prestigioso bufete de Chicago, pero esa

La dulce Jiminy

certeza no le servía para disipar una debilitante sensación de pánico. Porque, en vez de sentirse inspirada, entregada, disfrutando de una estimulante oportunidad profesional, Jiminy estaba agotada, desmoralizada y completa, prematuramente acabada.

Quizá fue ese cansancio extremo lo que impidió que sufriera una lesión grave cuando un mensajero en bici chocó contra ella en el momento en que cruzaba con paso cansado, arrastrando carpetas pesadas y negros pensamientos, el patio situado entre las torres gemelas que ocupaba el bufete. En vez de tensarse y romperse, su cuerpo se había hecho un ovillo y se había desplomado como un colchón demasiado flexible, y Jiminy había agradecido esa excusa para cerrar los ojos. Cuando al final los abrió, vio que el rubicundo mensajero llevaba una camiseta en la que aparecía el nombre del grupo de rock Tupelo Honey. Mientras la contemplaba, rodeada de cientos de horas remunerables de un trabajo en el que no creía, desperdigadas en torno a ella sobre el hormigón caliente, de pronto, algo en su interior se detuvo en seco. Y supo, de forma intuitiva, que allí ya no tenía nada que hacer.

Lyn Waters acababa de tomar la decisión de suicidarse cuando sonó el teléfono. Aquello era el ritual de todas las noches (los planes de suicidio, no la llamada

de teléfono), así que la decisión tampoco le había causado una congoja especial. El teléfono, por otro lado, sí le había cortado la respiración.

— Buenas noches, dígame — respondió con voz titubeante.

Era de noche, de eso no cabía duda: una de esas densas noches estivales en las que los minutos quedaban atrapados y se ralentizaban, con lo que resultaba muy fácil olvidarse de la hora.

— Lyn, no es demasiado tarde, ¿verdad? — le preguntó la voz preocupada de Willa Hunt al otro lado de la línea.

— No, señora — la tranquilizó Lyn.

Lyn ya había cumplido setenta y seis años y le sacaba cinco a Willa, pero llevaba más de cinco décadas llamándola «señora». A nadie se le habría ocurrido que eso pudiera molestar en lo más mínimo a Lyn; habría sido tan ridículo como molestarse por la salida de la luna.

— Bueno, no te habría llamado a esta hora, pero acabo de hablar con Jiminy y parece que viene a vernos.

Durante un instante brevísimo, Lyn tuvo la sensación de haber retrocedido cuarenta años. Se llevó la mano a la garganta: la respiración se le había cortado por segunda vez. Pero enseguida dejó caer el brazo lánguidamente, sintiéndose ridícula y autocomplaciente. Willa hablaba de la otra Jiminy, de quién si no.

La dulce Jiminy

—Ah, cuánto me alegro —respondió en tono tranquilizador y neutral, tanto para aplacar su propia agitación interior como para transmitir la docilidad y el buen humor que Willa esperaba de ella.

—Va a coger el autobús mañana, así que esperaba que pudieras venir a ordenar un poco la casa.

Normalmente, Lyn solo trabajaba para Willa los martes y los miércoles. Le quedaba el viernes para ocuparse de sus asuntos propios. Pero le gustaba sentir que la necesitaban, aunque tuviera cierta impresión de que no le quedaba más remedio que acceder.

—Ningún problema. Nos vemos por la mañana —confirmó.

Le temblaba un poco la mano cuando colgó el teléfono, otro fenómeno al que ya tendría que haberse acostumbrado. Mientras se acomodaba de nuevo en la cama, notando el dolor de una antigua lesión en la espalda, pensó de nuevo en su muerte. Todas las noches tomaba la decisión de quitarse la vida, y el alivio que se apoderaba de ella después de llegar a esa resolución la ayudaba a dormir sin sobresaltos. Por las mañanas siempre le parecía que había descansado lo suficiente del mundo para intentar vivir de nuevo. A mediodía ya se había dado cuenta de que se había engañado.

Pero ahora cerró los ojos, abrazó una almohada y ordenó a sus sueños que vinieran a apoderarse de ella.

La parada más cercana de autobuses Greyhound era una estación de tren reformada, situada a cincuenta kilómetros de Fayeville, Misisipi. Jiminy se había pasado dieciséis horas empotrada contra una ventana, inmovilizada por el gran tamaño de una mujer que no mostraba arrepentimiento alguno por rebasar considerablemente el espacio que le correspondía. Después de removerse en el asiento al principio y de probar con unos carraspeos que no consiguieron reacción alguna, Jiminy se resignó a su suerte e intentó encontrar algo positivo en esa situación adversa. Dieciséis horas en un autobús nunca iban a ser un rato divertidísimo, pero había un rasgo reconfortante, acogedor, como propio de un vientre materno, en esa incapacidad para moverse lo más mínimo. Jiminy imaginó que algo se estaba gestando en su interior, y que, al final de aquella pesadilla, se habría convertido en un ser más desarrollado. Qué maravilla si el proceso pudiera ser tan sencillo.

Willa esperaba a su nieta al pie de las escaleras del autobús, con sus rollizos brazos extendidos para darle el mecánico abrazo de siempre.

—¿Tienes hambre? —le preguntó—. Lyn, gracias a Dios, tiene preparada una cena espléndida en casa. Jiminy, ¿estás bien?

Cuando Willa empezó a deshacer el abrazo, la joven se agarró con más fuerza a su abuela y se dejó

La dulce Jiminy

caer un poco más. Y hundió el rostro en el hombro de la anciana; lamentó no tener cuatro años de nuevo, cuando una persona podía romper a llorar sin motivo.

Willa observó a su nieta por el rabillo del ojo mientras salía con cuidado de la autopista y se metía en la vía de acceso al pueblo. Jiminy llevaba varios kilómetros sin llorar y ahora miraba al frente con un gesto distante y reflexivo. Willa, preocupada, pensó que le tenía que haber pasado algo espantoso para haber huido precisamente a Fayetteville. De forma tan repentina, además, dejando atrás un montón de planes mucho más interesantes. Hacía años que no se veían, por lo que una visita repentina de la chica resultaba extraña; que Jiminy ofreciera un aspecto tan frágil resultaba directamente alarmante.

Pero la abuela no había forzado a la nieta a que explicara qué había sucedido. Sabía, por propia experiencia, que no se podía hablar de ciertas cosas así como así. Aparte de sus muchos encantos y peculiaridades, en su pequeña y recóndita localidad abundaban los secretos luctuosos. ¿Acaso su nieta había notado aquello? ¿Había ido por eso, porque necesitaba un sitio donde pudiera estar triste sin que nadie la molestase?

— Ahí está el nuevo restaurante —le indicó Willa mientras pasaban al lado del porche del establecimiento, pintado de amarillo—. Mexicano. ¿No es increíble?

Jiminy observó a la mujer de piel color caramelo que barría la acera de la entrada, y le dejó embelesada la forma en que su larga trenza se mecía al compás de la escoba e hipnotizaba a los transeúntes.

La joven recordó que, de niña, ella patinaba por esa misma calzada y se dedicaba a contar las grietas del suelo que le hacían castañetear los dientes. Sin darse cuenta empezó a contarlas otra vez, en silencio, mientras pasaba junto a edificios conocidos que necesitaban una mano de pintura. Vio el antiguo cine, que llevaba años abandonado, y la fábrica de piensos, y esa oficina bancaria tan diminuta en la que daba la impresión de que solo podían tener dinero de juguete. También estaba el motel Comfort Inn, donde nunca había muchos clientes. Los cuatrocientos habitantes de Fayeville alojaban a los huéspedes en sus propias casas. Consideraban dicho establecimiento bonito pero innecesario, como los túneles de lavado de coches o las tintorerías. No les gustaba delegar.

De pequeña, a Jiminy le parecía que el pueblo tenía el tamaño perfecto, con suficientes alicientes para resultar misterioso pero no abrumador, al menos en las partes que ella conocía. Siempre se había sentido cómoda en él. Ahora, mientras las cosas iban pasando

La dulce Jiminy

a su lado, anheló que esa sensación se volviera a apoderar de ella.

Lyn vio por la ventana de la cocina que unos faros de coche se acercaban. Detestaba esperar a que llegaran sus seres queridos, porque a veces esa llegada no se producía. Se pasó la mano por los ojos para aliviarse el dolor que se instalaba en ellos durante el día, y observó cómo Jiminy bajaba del coche de Willa. Le sorprendió que solo llevara una bolsa, aunque tuvo la sensación de que la joven arrastraba una carga mucho mayor. Esa chica menudita y de piel pálida, mucho más tímida de lo que había sido su Jiminy, mucho más asustada frente a un mundo que se lo había puesto todo muy fácil; la recién llegada levantó la vista de pronto y se dio cuenta de que Lyn la estudiaba. Bajo el resplandor del farol del porche, el rostro de la joven se iluminó, esbozó una sonrisa pensativa, le sacó la lengua y la movió. Involuntariamente, Lyn le devolvió la sonrisa; incluso soltó una risita. Y, durante una milésima de segundo, notó un infrecuente arrebato de esperanza. Algo iba a cambiar.

Jiminy sabía que tenía una predisposición genética a los colapsos nerviosos y llevaba mucho tiempo intentando no sucumbir a uno de ellos, pero temía encontrarse, al fin, a punto de caer. El segundo día que pasó en la granja, mientras desayunaba, le planteó la cuestión a su abuela:

—¿Te recuerdo a mi madre? ¿Crees que me estoy volviendo loca? —inquirió con cierta angustia.

Willa siguió untándole mantequilla a una galleta, y, por un momento, Jiminy pensó que quizá no la había oído. La joven tendía a hablar demasiado bajo, y era posible que, además, la anciana se estuviera quedando sorda.

Sin embargo, cuando estaba a punto de repetir la pregunta en voz más fuerte, Willa carraspeó.

—Creo que necesitas descansar una temporada —respondió—. Lo que se ha vuelto loco es el mundo. Y tú ya tienes edad suficiente para darte cuenta, eso

La dulce Jiminy

es todo. —La abuela le dio un sorbo al té helado y se levantó—. Así que no tengas prisa —añadió mientras llevaba los platos al fregadero para que Lyn los lavara—. Tómalo con calma.

Jiminy se quedó mirando cómo la anciana salía tranquilamente de la cocina y se dirigía al salón con su actitud imperturbable y pausada. Y sintió alivio. Aunque estuviera a punto de sufrir un colapso nervioso de órdago, no hacía falta que lo sufriera a toda prisa. Eso le quitaba un peso de encima.

Durante los días siguientes, Willa y Lyn prácticamente no se inmiscuyeron en la vida de Jiminy; se dedicaron a sus rutinas habituales mientras ella deambulaba por la casa buscándose a sí misma.

El edificio era mucho más moderno que una gran parte de los que había en esa zona: un largo rectángulo con ventanales y cierto toque minimalista. Algunas salas se hallaban un poco atestadas, pero la mayoría resultaban espaciosas y cómodas, aunque olían un poco a humedad. Jiminy encontró arañas muertas y bolas de polvo en casi todas las estancias por las que anduvo indagando, pero no la molestaron. La verdad era que le transmitían tranquilidad, después de la fluorescencia antiséptica de los lugares de los que había huido. Valoraba la suciedad, la imperfección, las caó-

ticas huellas de la vida real. No salió mucho de la casa; no se sentía del todo preparada. El mundo exterior todavía se le antojaba plagado de decepciones.

Willa esperaba pacientemente a que los rulos le rizaran el cabello, tapado por el casco caliente que, en secreto, temía que algún día le friera el cerebro si se producía una subida de corriente desahogada.

Cada dos martes, Willa recogía a Jean, su mejor amiga, y juntas recorrían en coche los catorce minutos que las separaban del centro del pueblo para acudir a la peluquería. Jean no podía conducir porque su hijo, un concejal del condado, le había retirado el carné unos meses antes; Willa seguía consolándola para que superara el trauma. Sobre todo en las afueras, sobre todo viviendo sola, no poder conducir equivalía a un arresto domiciliario. Las casas se encontraban demasiado alejadas unas de otras para hacer visitas con facilidad.

El destino de esa excursión quincenal era un establecimiento llamado Trudi's Tresses. Allí, Willa y Jean pasaban noventa minutos durante los cuales les teñían el pelo, se lo ondulaban y se lo chamuscaban, tras lo cual emprendían el largo viaje de vuelta, y mientras cruzaban el pueblo hablaban del pasado y el presente. Ambas podían alternar tranquilamente una

conversación sobre el último escaparate con los recuerdos de una feria de ganado organizada treinta y cinco años antes. En sus conversaciones, el tiempo se convertía en un juguete fluido. Habían vivido tanto juntas que podían elegir entre un sinfín de anécdotas con las que divertirse durante horas. Solo tenían que decidir si se ceñían al presente o si se internaban en otros territorios, y dejarse llevar.

—¿Alguna idea de cuánto tiempo se va a quedar?
—preguntó Jean.

—No —respondió Willa—. Supongo que hasta que se harte. Le he dejado claro que su presencia no supone ninguna molestia.

—Me imagino. ¿Sabe Margaret que la tienes en casa?

Willa suspiró. Siempre era difícil localizar a su errante hija.

—Le he dejado un recado —dijo; muchas veces debía conformarse con eso.

—Me resulta increíble que Jiminy ya esté hecha toda una mujer —comentó Jean—. ¿Recuerdas qué estabas haciendo a su edad?

Parecía que habían transcurrido varias vidas desde entonces. A la edad de su nieta, Willa era una joven madre que luchaba por salir adelante en la granja junto a Henry, su marido. Si se comparaba con el nivel de vida actual, habían pasado estrecheces, pero sentían que tenían toda la vida por delante.

—Luchando por sobrevivir, supongo —respondió Willa en tono despreocupado.

—¿Te acuerdas de las fiestas que organizábamos a la orilla del río? —le preguntó Jean con una carcajada.

Todos los sábados por la noche, los dueños de las granjas situadas en las riberas del río Allehany se reunían en las casas de unos u otros y disfrutaban de la compañía y la relajación de las que no disponían a lo largo de la semana. Jean y Floyd, su marido, siempre eran el alma de esas fiestas: organizaban bailes y juegos y contaban historias. En una velada memorable, Floyd había enganchado una serpiente a la pernera del pantalón de Henry con un anzuelo y un trozo de alambre; luego le había avisado a gritos de la presencia del bicho. Henry había dado un respingo, se había puesto a aullar y a correr de un lado a otro para que la serpiente de cascabel no lo pillase (todos sabían la repulsión que le inspiraban esos animales), pero no pudo escapar de ella, evidentemente. Sumido en un estado de pánico, Henry acabó zambulléndose en el río. Hasta que no se fijó en las risas incontrolables de sus amigos, que normalmente habrían acudido en su ayuda, Henry no se dio cuenta de que todo era una broma.

Willa esbozó una sonrisa al recordar esa y otras reuniones a la orilla del río, pero después se puso seria cuando le vino a la cabeza el motivo por el que esas fiestas habían dejado de celebrarse. En el río se

habían desarrollado acontecimientos mucho más terribles. Ella todavía era incapaz de acercarse a la ribera, y ya habían transcurrido más de cuarenta años.

—¿Estás lista? —le preguntó Jean.

Pero a Willa todavía le quedaba bastante rato; seguía inmóvil debajo de la freidora de cueros cabelludos. Se enderezó, notó cómo el aparato le quemaba la frente y la invadió una perversa gratitud, porque el dolor del presente resultaba mucho más llevadero.

En la franja de césped situada delante de los juzgados, enfrente de Trudi's Tresses, Bo Waters estaba tumbado, medio oculto por la sombra de un nogal.

El muchacho era sobrino nieto de Lyn Waters, nieto del difunto marido de la hermana de esta. Bo se había marchado de Fayetteville cuatro años antes, justo después de terminar el instituto, con el firme propósito de no volver jamás. Sin embargo, ahora que había acabado la universidad y que había hecho una pausa en los estudios para los exámenes de ingreso en la Facultad de Medicina, la halagüeña perspectiva de un alojamiento gratuito y de pasar unos días tranquilos e inacabables le había hecho reconsiderar su postura. Había decidido volver seis semanas, solo para estudiar y ahorrar, durante las cuales pretendía llevar una existencia sosegada.

Había intentado leer en la diminuta biblioteca que se encontraba en la otra esquina de la plaza donde estaban los juzgados, pero aquel sitio no había tardado en resultarle asfixiante. Le venían demasiadas ideas nuevas a la cabeza, y necesitaba un aire que no estuviera viciado para procesarlas. Por eso se había instalado con sus libros en el exterior, en el punto que antiguamente había constituido el centro del pueblo.

Todas las tiendas de la calle principal habían cerrado o estaban a punto de hacerlo, mortalmente heridas por la apertura del monolítico HushMart Supercenter a un kilómetro de distancia. Bo sabía que en realidad debía lamentar el estrangulamiento del pequeño comercio, pero, en ese momento, se alegraba de que no hubiera bullicio. Ni siquiera le molestaba el catálogo de ancianos acabados que estaban sentados en los bancos situados entre los juzgados y la oficina de correos, hasta que empezaron a hablar.

—¿Tú crees que Trav montará una buena si su chico sale elegido? —preguntó uno de ellos con voz áspera.

—Pues sí, supongo que sí.

—A mí no me basta con eso para darle el voto. Lleva al menos cinco años sin pisar la plantación Brayer.

—Trav le ha cambiado el nombre. Ahora se llama granja Brayer.

—Ahora me entero.

La dulce Jiminy

—Supongo que así consigue más votos de la gente de color, o alguna chorrada de esas.

—Tú lo has dicho: una chorrada.

Bo se obligó a no apartar la vista del libro. No levantes la mirada, no les des el gusto, se dijo. Aunque ni siquiera sabía si les estaba negando una satisfacción. ¿Habían visto que estaba allí? ¿Se debían esos comentarios y ese tono a su presencia, o, si él no hubiera estado, los habrían seguido lanzando como gotas de saliva sobre el césped seco que se agostaba al sol?

Por eso Bo se había marchado de Fayetteville; no quería perder el tiempo con aquellas disquisiciones. Suspiró e intentó no distraer la atención del diagrama de una amígdala que aparecía en la página que tenía abierta, mientras se preguntaba si habría llegado a los niveles de estrés necesarios para que su amígdala hubiera puesto en funcionamiento las glándulas suprarrenales. No tenía por qué alterarse. Debía concentrarse. Estudiaba para conseguir algo, y las distracciones solo eran efectivas si uno lo permitía. Bo había aprendido a mostrarse estricto con las suyas. Se obligó a no perder la calma y se concentró de nuevo.

Pero el ruido de un claxon lo interrumpió de inmediato.

—¡Bo Waters! ¿Eres tú?

Levantó la vista y vio a dos ancianas de cabello azul que lo observaban desde la ventanilla abierta de un Buick gigantesco, y que presentaban el aspecto de dos

caniches marcianos que hubieran salido a dar un paseo espacial. Él parpadeó unas cuantas veces y cayó en la cuenta de quiénes eran.

—Señora Hunt, señora Butrell, ¿cómo están?
—dijo mientras se incorporaba rápidamente.

Notó que los hombres de los bancos lo contemplaban mientras cruzaba el césped y se acercaba al coche parado. El tocho de medicina le pesaba mucho y le hacía sentirse incómodo. Dio la vuelta al libro para que la portada no se viera y no pudieran leer el título las mujeres que tenía enfrente.

—Me ha parecido que eras tú —anunció Willa en tono victorioso—. No sabía que habías vuelto. ¿Por qué no has venido a vernos?

Bo sonrió educadamente. Willa Hunt le caía bien, pero sabía que no debía fiarse de esa supuesta cercanía. Las dudas de toda la vida que siempre se apoderaban de él, incluso con las personas más simpáticas.

—Solo llevo aquí un par de semanas —respondió de forma afable.

—¡Pues voy a tener que echarle la bronca a tu tía abuela Lyn por no haberme dicho nada!

El joven se forzó a esbozar otra sonrisa al oír esas palabras. Le pareció atisbar cierto brillo en la mirada de Willa, quizá ciertos remordimientos por la expresión que había utilizado. Pero ya era demasiado tarde; a la señora no le quedaba más remedio

que continuar como si tal cosa. Daba la impresión de que Jean Butrell se mantenía al margen, de que se conformaba con que ellos dos salieran como pudieran del terreno pantanoso de esa conversación tan forzada.

—Todavía no he tenido tiempo de hacer casi ninguna de las visitas que quería —adujo Bo—. Parece que voy acumulando retrasos.

Willa también sonrió con cierto gesto de agradecimiento, o eso le pareció a Bo. Aunque podrían haber sido imaginaciones suyas.

—Bueno, tengo el jardín tan descuidado como siempre, así que, si quieres ganar algo de dinero mientras estás aquí, pásate por casa —anunció la dama elegantemente.

Claro que Bo quería ganar algo de dinero, pero se había organizado el tiempo teniendo en cuenta únicamente los exámenes de medicina.

—Si saco un rato para dejar de estudiar, me paso seguro.

—Ah, ¿das clases en verano? —inquirió Willa—. Creía que Lyn me había contado que ya te habías licenciado.

Pronunció estas palabras en un tono amable, como si quisiera mostrar un apoyo incondicional en caso de que Bo hubiera suspendido alguna asignatura. Al fin y al cabo, estudiar en la universidad era una actividad muy exigente.

—He terminado el curso, pero a finales del mes que viene voy a pasar el examen de ingreso para la Facultad de Medicina, así que me toca empollar para eso.

—¡Oh! —exclamó Willa, formando con la boca una «o» perfecta con la que expresar su sorpresa.

Al joven no le quedó claro si eso alegraba o no a la dama.

—Caramba, caramba, qué barbaridad —comentó Willa chasqueando la lengua—. Me alegro por ti.

El muchacho hizo un gesto con la cabeza, pero no dijo nada más.

Su decisión de quedarse callado produjo un silencio incómodo, una situación infrecuente en esas calles sureñas si estaban presentes damas de cierta edad y cierta alcurnia. Willa sonrió aún más ampliamente para que no se notara mucho la pausa.

—Bueno, pues ven a vernos, ¿eh? —repitió.

Bo se lo prometió y levantó la mano para despedirse. Mientras el coche se alejaba, vio que Willa y Lyn lo miraban por el espejo retrovisor y se ponían a hablar de forma incontenible, y, aunque un intenso espasmo muscular le recorrió el hombro tenso, no bajó el brazo hasta que no desaparecieron calle abajo.

Jiminy se rascó el hombro distraídamente mientras hojeaba otro almanaque. Había descubierto un mon-

tón de ellos en el cajón de un aparador, en una salita al fondo de la casa, y había pasado una hora deliciosa revisando aquellos volúmenes con varias décadas de antigüedad, maravillada por la rotundidad con que afirmaban cosas que nadie podía saber, como el tiempo que iba a hacer en un día en concreto para el que quedaban once meses. Se preguntó si esas predicciones habían acabado confirmándose. ¿Las personas que habían organizado sus vidas en función de esos pronósticos eran idiotas, optimistas o las dos cosas a la vez? ¿Y para qué servían los almanaques cuando el año ya había pasado? Perdían toda relevancia, ya habían demostrado lo acertado o errado de su carácter profético, ya pertenecían al pasado.

A Jiminy le gustaba que su abuela no hubiera tirado los almanaques. Le reconfortaba saber que en aquel lugar había sitio para las cosas inútiles.

Aunque a ella misma su propia inutilidad le resultaba incómoda. De hecho, anhelaba tener un objetivo en la vida. Siempre había sido así. De pequeña sus heroínas habían sido Nancy Drew y Jessica Fletcher y, más adelante —ya en la vida real—, Erin Brockovich; Jiminy había soñado vagamente con convertirse en detective o en una combativa abogada. Sin embargo, esas aspiraciones se habían visto relegadas por las obligaciones cotidianas que imponía la subsistencia. Vivir con una madre inestable le había hurtado esa sensación de seguridad que resulta necesaria

para ascender socialmente; había creado en ella una angustia, y la incapacidad para plantearse las cosas a largo plazo.

Cuando Jiminy estaba en la universidad, su madre se había casado con un rico jubilado que estaba encantado con el carácter caprichoso de esta y le había concedido todos los antojos. Ambos se habían dedicado a viajar por el mundo, y, en apariencia, Jiminy al fin había quedado libre para dedicarse únicamente a vivir su vida. Pero los años de preocupaciones e inseguridades habían dejado huella, y le habían creado una reflexiva aprensión de la que se sentía incapaz de desprenderse.

Había tenido que hacer acopio de todo su valor para marcharse a Chicago y matricularse en la Facultad de Derecho, y esperaba que ese logro fuera un síntoma de una nueva y emprendedora audacia. No obstante, una vez instalada, había seguido notando los efectos de la parálisis y las dudas, lo cual la frustraba. La certeza cada vez mayor de que no estaba desarrollando una parte esencial de sí misma la llenaba de una callada desesperación. Todo aquello había cobrado una brutal nitidez en los momentos posteriores al atropello por parte del mensajero en bici. Tirada en el suelo, palpándose para ver si tenía algún hueso roto, se había adueñado de ella un asco hacia sí misma y hacia su incapacidad para utilizar todo el potencial que, sin duda, tenía. Como le preocupaba

que ese desprecio diera paso a algo más destructivo, se había puesto en pie, había cortado de raíz con la vida que llevaba en ese momento y había huido al primer lugar que le había venido a la cabeza. Si el mensajero hubiera llevado una camiseta en la que pusiera «Sigue avanzando», quizá no habría parado hasta llegar a San Francisco. Pero había acabado en el Misisipi rural. A qué se iba a dedicar a partir de entonces seguía siendo un misterio.

Cuando terminó de hojear los almanaques, miró el alféizar y recordó súbitamente algo que había descubierto en esa habitación diecinueve años antes y de lo que no se había acordado desde entonces. Pasó las manos por los paneles de madera que había debajo de la ventana y, como esperaba, notó que una parte cedía un poco bajo la presión de sus dedos. Hizo más fuerza y sintió la misma emoción que la había embargado a los seis años cuando dicha parte se abrió y quedó al descubierto un compartimento secreto.

Inspeccionó el interior y vio una concha de caracol traslúcida colocada encima de un libro. Cogió el volumen con cuidado y le quitó el polvo. En las tapas de cuero negro se veían unas feas grietas. Según el título, se trataba de la sagrada Biblia, pero las páginas interiores eran de fabricación casera y las llenaba una caligrafía inclinada y enérgica que Jiminy supuso que no era la de Dios. La inscripción de la primera página se lo confirmó:

Henry Esau Hunt, *Recuerdos y resoluciones*

El nombre de su abuelo, la letra de su abuelo. ¿Era su diario? Hojeó las páginas toscamente encuadernadas. La caligrafía era muy clara, pero estaba muy desvaída y costaba leerla. La primera anotación databa del 1 de enero de 1954, y llevaba el siguiente título: «El día de nuestra boda».

En ella se narraba una breve descripción del acontecimiento, una mera crónica del hecho de que Henry Esau Hunt se había casado con Willa Calamity Pearl, en presencia de los padres de ambos y de un sacerdote, a las doce del mediodía de Año Nuevo. Esas frases no destilaban ninguna pasión, aunque Jiminy supuso que la boda había sido lo suficientemente importante para Henry como para iniciar el libro con ella.

A partir de entonces, el abuelo solo había escrito cada seis meses, aproximadamente, para dejar constancia de algún hecho que consideraba significativo. A medida que fueron transcurriendo los años, empezó a extenderse mínimamente, a hacer unos escuetos comentarios que traslucían levemente lo que sentía en aquel momento. El 6 de enero de 1959 había anotado que Margaret Pearl Hunt había nacido a las ocho y treinta y cinco de la mañana: «Una noche larga y ardua. Un día dichoso». Jiminy esbozó una sonrisa triste: pensó que esas cualidades también habían caracterizado a su madre.

Pasó a la última entrada, que aparecía cuando faltaba por llenar un tercio de las páginas: muchas habían quedado vacías. Llevaba la fecha del 1 de enero de 1967, y decía lo siguiente: «Un año difícil, de desesperanza. Pobre Lyn, pobres de nosotros». Después, nada más.

Jiminy sabía que su abuelo había muerto repentina e inesperadamente cuando su madre tenía ocho años. Lo que ya no sabía tan bien era si lo había matado una tribu de indios perdida y oculta en las colinas de las inmediaciones, una banda errante de piratas de secano o una bandada de murciélagos asesinos procedentes de los pantanos de Luisiana. Todas esas explicaciones se las había dado su madre, con multitud de pintorescos detalles, pero ella había aceptado la versión de una prima: el padre de su madre había sido víctima de una súbita embolia pulmonar, había muerto prematuramente a los treinta y dos años y había dejado solas a una mujer y una hija, que se habían visto obligadas a buscarse la vida.

Dado que la madre de Jiminy había nacido en 1959, en 1967, año de la última anotación de Henry, había cumplido ocho años. Al parecer, el abuelo había muerto antes de escribir nada más. ¿Habían sido esas dificultades y esa desesperanza que mencionaba la causa de la embolia? ¿Era esa palabra el término médico empleado para describir un corazón irremediablemente roto?

Pobre Lyn, pobres de nosotros. Jiminy supuso que esa frase hacía referencia a la Lyn que ella conocía, la que llevaba más de cincuenta años trabajando para su abuela, la misma cuyo indiferente desdén siempre había procurado a la joven un consuelo especial. Lo máximo que se podía esperar de Lyn era un brusco afecto que podía confundirse fácilmente con la antipatía. Pero Jiminy siempre acababa buscando su compañía, porque, aunque era una muchacha tímida, había algo en Lyn que la incitaba a abrirse. Ahora, al reflexionar sobre esto, Jiminy sintió un intenso agradecimiento hacia Lyn que nunca había expresado de forma adecuada. ¿Por qué? Tomó la decisión de decírselo. Eso sí que podía hacerlo.

Pobre Lyn, pobres de nosotros. ¿Qué le había pasado a la asistenta? ¿Qué les había ocurrido a todos ellos?

Jiminy revisó las páginas anteriores en busca de respuestas. Se detuvo en una entrada en la que se leía: «Han encontrado a Edward y Jiminy, y los han enterrado. Un espanto».

Durante un instante se le cortó la respiración, como si se hubiera topado con una puerta escondida al futuro y estuviera leyendo de forma ilícita la noticia de su propia muerte. La habían encontrado y la habían enterrado, pero ¿cómo había muerto? La recorrió un escalofrío. Esa anotación estaba fechada el 24 de junio de 1966. Evidentemente, había otra Jiminy anterior. Nunca le habían contado nada de ella, ni

siquiera aparecía en las anécdotas más descabelladas de su madre. ¿Quién era?

— ¡Creí que se te había tragado la tierra!

Jiminy se incorporó y cerró el libro mientras se daba la vuelta sobresaltada. Vio a Lyn en la puerta, con los hombros encorvados por la edad. Le sorprendió haber asustado a la joven; ella misma, como solidarizándose, se llevó una mano al corazón.

— Santo cielo, niña, ¿qué te pasa?

— Perdona — respondió Jiminy con la respiración entrecortada, porque no sabía si Lyn reconocía el libro que tenía entre las manos; la anciana la miró con un gesto extraño.

— Tu abuela solo quería saber si seguías viva, dado que no has dicho ni pío en toda la mañana — declaró la asistenta en tono neutro, después de lo cual se dio la vuelta y se marchó.

Jiminy se quedó observando cómo se iba, acongojada. Quiso detenerla. Tenía cosas que decirle. Tenía preguntas que hacerle.

— Espera — le pidió, pero le salió un murmullo tan bajo que, aparentemente, Lyn no lo oyó —. Espera — repitió —. Gracias.

Su intención había sido pronunciar esas palabras con más fuerza y en un tono sincero, pero, de nuevo, resultaron apenas inaudibles y se fueron alejando inútilmente, en dirección a la espalda curvada de Lyn, mientras esta se marchaba.